«Una historia llena a rebosar de humor, alma y pasión».
ELSIE SILVER

TARAH DeWITT

SABORÉALO



CONTRALUZ

SABORÉALO

TARAH DeWITT

Traducido del inglés por Elena Macian Masip

CONTRALUZ

Título original: *Savor It*

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL. Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2026

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reproduzeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



SAVOR IT copyright © 2024 by Tarah DeWitt
© de la traducción: Elena Macian Masip, 2026
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.com

ISBN: 979-13-87810-33-7
Depósito legal: M. 26.011-2025
Printed in Spain

Este es para mí, que estuve sentada en la oscuridad frente a una pantalla brillante y soñé con esto exactamente. Con elegir siempre la valentía por encima de la perfección.

Vale, y también es un poco para James Acaster en ese episodio de The Great British Bake Off *en el que pronunció la frase con la que más se identificaría cualquier espíritu creativo: «Me puse a hacerlo. Tuve una crisis nerviosa. ¡Buen provecho!».*

Querido lector:

Aunque la historia que tienes en las manos rebosa amor, ternura y sentido del humor, también contiene temas más sensibles y complejos que equilibran la balanza. Me parece importante que mis libros sean representativos de una cuestión en concreto: el hecho de que, a veces, la vida interrumpe nuestros planes sin tenerlos muy en cuenta. Además, incluso cuando logramos llevar a cabo aquellos que hemos ideado con más mimo, el éxito puede quemarnos, porque lo único que sentimos con cada objetivo cumplido es más presión, y nos olvidamos de saborear lo bueno. Estos temas, que encontraréis en el libro, pueden desencadenar reacciones emocionales:

—Duelo.

—Muerte de un ser querido (solo se menciona).

—*Burnout* profesional.

—Lesiones corporales (solo se mencionan).

Como siempre, espero haber tocado estos temas con precisión, respeto y cuidado. Espero que el viaje de Fisher y Sage os haga sentir comprendidos también a vosotros.

LISTA DE REPRODUCCIÓN

«Word to the Trees», de whatever mike
«Backward Directions», de Abby Sage
«I Wanna Get Better», de Bleachers
«Call It Dreaming», de Iron & Wine
«Wide Open Spaces», de The Chicks
«Cool About It», de boygenius
«Butterflies», de Kacey Musgraves
«Love You for a Long Time», de Maggie Rogers
«Northern Sky», de Nick Drake
«Judy You Hung the Moon», de HARBOUR
«Eat Your Young», de Hozier
«Girl Like You», de bestfriend
«Wildest Dreams», de Taylor Swift
«Dog Days Are Over», de Florence + The Machine
«Walk», de Griff
«My My My! (Acoustic)», de Troye Sivan
«peace», de Taylor Swift
«Wildflowers», de Tom Petty
«Heart of Gold», de Ilsey Juber (con Bon Iver)
«State of Grace (Acoustic Version, Taylor's Version)», de Taylor Swift
«Missing You», de Stephen Sanchez, Ashe
«Stupid Cupid (Acoustic Version)», de Jenna Raine
«Boom Clap», de Lennon & Maisy
«I Believe in a Thing Called Love», de Branches
«Lover (First Dance Remix)», de Taylor Swift
«Vienna», de Billy Joel
«The Book of Love», de Magnetic Fields



Capítulo 1

Sage

—Bueno, no se puede negar que es… inesperado —digo.

Y tampoco se puede negar que es fálico, ni que mide al menos quince metros de alto. La punta abovedada sobresale justo por la parte trasera de la azotea y se recorta con orgullo contra el cielo de principios de verano.

Wren, mi mejor amiga (y mi persona preferida en el mundo entero, excepto por su hijo, que es tan maduro como ella), que está a mi lado, apenas logra contener una carcajada.

—¿Cómo han hecho para levantarla tan rápido? —pregunta, y luego, incapaz de aguantarse más, suelta un resoplido—. Dios mío, los chistes se escriben solos.

—¿No tuviste a Sam a los dieciséis años? Yo diría que sabes perfectamente cómo funcionan —la chincho. Pone los ojos en blanco durante un milisegundo, pero enseguida estallamos de nuevo en carcajadas, mientras nos acurrucamos la una contra la otra hasta que nuestros hombros se chocan.

—Señoritas, veo que ya habéis visto nuestra nueva… elevación —dice Athena Cirillo, con los labios apretados para,

también ella, contener una carcajada—. Quitaron los andamios de esa última parte ayer. —Avanza por el camino del parque para observar la construcción, tan boquiabierta como nosotras. Su melena ondulada, blanca como la nieve, ondea al viento.

—Buenos días, Col —le digo al grifón de Bruselas que lleva debajo del brazo. El perrito me mira y parpadea con esos ojos pequeños, redondos y acuosos.

—¿Sabes lo que es? —le pregunta Wren a Athena, señalando el edificio con la cabeza. Siempre se puede contar con que la dueña de la librería esté enterada de todos los chismorreos. En este pueblecito, es nuestra particular diosa del conocimiento.

Athena se vuelve hacia la vieja nave industrial y niega con la cabeza.

—Lo único que sé es que su licencia es de zona comercial o de restauración —contesta.

Wren y yo respondemos con un murmullo pensativo y volvemos a observar con curiosidad las nuevas vistas. El viejo edificio de ladrillo que hay frente al parque litoral lleva cerrado muchos años. Al menos, yo no lo he visto en funcionamiento en mi vida. En algún momento fue absorbido por nuestro municipio, Spunes, en Oregón, donde solo se ha utilizado como una especie de centro comunitario. Más o menos. Delante tiene un patio cubierto que ofrece un poco de sombra para el mercado de productos ecológicos que se celebra dos veces por semana, y el interior se utiliza como almacén para el pueblo, para guardar cosas como las pancartas y las decoraciones de Navidad.

O así era antes, hasta que dejó de serlo. Hace unos meses vaciaron el edificio entero y lo dejaron todo encima del césped, en distintos montones bien ordenados. Y la obra empezó unas pocas semanas después.

—Supongo que será para restauración —añade Athena—. Un espacio comercial funcionaría mejor con otras tiendas alrededor, y este sitio es más bien solitario; creo que lo más probable es que pongan un restaurante. Sea como sea, Martha ha montado en cólera. Y esto no la va a calmar, precisamente… —Señala la estructura mientras mueve el brazo de arriba abajo y suspira, cansada—. Eeeen fin. Me voy a abrir la librería. Que tengáis un buen día, señoritas. No os metáis en líos.

Nos despedimos, y luego nos volvemos de nuevo hacia el edificio para seguir observándolo en silencio.

—Hum —musito. Noto una chispita de emoción al valorar la posibilidad de que abran un restaurante nuevo. Recuerdo mi colección de revistas de comida y le doy vueltas a todos esos platos tan elaborados que me encantaría recrear, aunque lo más probable es que no llegue a hacerlo nunca. Aun así, noto un cosquilleo en los dedos solo de pensar en probar «algo» nuevo. Lo que sea. Y no sé por qué, pero lo único que ahora mismo me viene a la mente es berenjena a la parmesana.

Ladeamos la cabeza a la vez.

—Efectivamente: «hum» —responde Wren.

Yo soy la primera en perder la compostura. Una risa ronca me trepa por la garganta y las dos acabamos desternillándonos otra vez.

—No, pero, en serio —dice Wren cuando nos calmamos un poco mientras se seca una lágrima de la risa—. ¿Cómo narices se las han arreglado para que les aprueben la construcción del palacio del falo? —Señala la erecta estructura—. O'Doyle no lo consentiría jamás.

—¿No consentiría jamás el qué?

Damos un respingo al unísono y nos enderezamos de inmediato. La señora Martha O'Doyle, de Forrajes y Ultramarinos O'Doyle, una tienda que vende de todo, desde pienso

para gallinas hasta artículos deportivos, aparece poco a poco en nuestro campo de visión. Agarro a Wren de la muñeca con todas mis fuerzas justo cuando ella levanta la vista.

—Meridian —canturrea la autoproclamada ~~dictadora~~ conservacionista del pueblo a modo de saludo, a la vez que mira a mi amiga con los ojos entornados. Se la tienen jurada desde que O'Doyle presentó una demanda contra las decoraciones navideñas exteriores de la panadería hace dos años, y todo porque la estampa de inspiración élfica no se ajustaba a sus gustos clásicos.

—O'Doyle —la imita Wren.

Se oye la ocarina de un *spaghetti* western. Intervengo antes de que alguna de las dos mujeres desafíe a la otra a un duelo al mediodía.

—Estábamos hablando de que jamás permitirías que uno de los edificios de Spunes fuese tan… —He de morderme el interior de la mejilla para no reírme—. Monstruoso. —Ahora mismo, lo mejor será que no nos pasemos de la raya, sobre todo porque todos sabemos que tiene este edificio entre ceja y ceja desde que lo compraron. No es ningún secreto que ha intentado parar la obra presentando quejas estúpidas al condado, y todo porque se trata de un enigma en el que ella no ha podido intervenir.

Las profundas arrugas que tiene alrededor de los labios se le marcan todavía más.

—¿A qué narices te refieres? —Pero, entonces, se gira lentamente hacia la nueva erección. Le doy un codazo a Wren: es nuestra oportunidad para escapar. No miramos atrás hasta que hemos puesto una distancia segura de por medio. Le echo un vistazo a O'Doyle y veo que mueve la cabeza arriba y abajo al contemplar el añadido cilíndrico, y abre y cierra la boca, horrorizada.

—Dios mío, está apoplética —digo, a punto de estallar de la risa.

Wren tira de mí de golpe para detenerme.

—Vamos a ver. Ayer le preguntaste a Sam si le había «asaltado la pesadumbre» y ahora me vienes con esas. Voy a tener que pedirte que dejes de canalizar ese espíritu victoriano y que empieces a encarnar la energía de una mujer moderna que aún no ha cumplido los treinta y está en la flor de la vida. Que en este pueblo no quedamos muchas.

—Tú ya tienes treinta y uno, mi buena amiga. —En realidad son treinta y dos, pero ella siempre hace como que se le olvida y yo soy así de comprensiva. Arrugo la nariz como pidiéndole disculpas de broma y ella baja la cabeza y me fulmina con la mirada—. Está bien, lo admito. Se me ha ido un poco la olla al investigar datos curiosos del festival. Pero ya que no quieres hacerlo conmigo, estoy decidida a darle uso a mi recién hallada lengua vernácula. —Me encojo de hombros.

Ella se ríe y niega con la cabeza.

—Dudo mucho que en la sección de trivia se incluya algo sobre el argot de la época.

—¡Qué disparate! ¡No puedes saberlo con certeza! Siempre está centrado en la época de los fundadores e intentan cambiar las preguntas cada año.

Suelta un suspiro y me mira con una expresión comprensiva.

—¿Seguro que ninguno de tus hermanos quiere participar contigo? ¿Se lo has preguntado a los tres?

—No, no quieren, y tampoco quiero participar con ninguno de mis hermanos. Eso me parece todavía más humillante. —Le dedico una mirada socarrona—. ¿Estás segura de que tú no quieres? ¿Segura del todo?

Hace una mueca.

—Soy alérgica a competir. Y mi madre me necesita en la panadería. Y, hablando de mi madre… —Hace un gesto triste y desamparado y se muerde el labio inferior. El pánico empieza a palpitar bajo mis costillas.

—¿Qué pasa? ¿Está bien?

—¿Qué? ¡Ay, Dios! Sage, perdona. Sí, mi madre está perfectamente. No… No es eso. —Me coge del codo para tranquilizarme y yo exhalo despacio, mientras me calmo después de ese arrebato de terror.

Creo que, cuando pierdes a tus padres siendo joven, como nos pasó a mis hermanos y a mí, hay una parte de ti que está siempre… en guardia. Como si lo más conveniente fuese estar siempre preparado para el siguiente golpe.

—Es solo que Ian vino ayer con Cassidy a la panadería —me explica.

Disfrazo mi expresión con una sonrisa de indiferencia y me la dejo puesta sin apartar la vista de ella.

—¿Y qué esperabas? En el pueblo solo hay una panadería, Wren. Sabía que irían a pedírtela a ti. —Me encojo ligeramente de hombros, aunque con cierta rigidez—. Y aunque hubiera una docena. Savvy's seguiría siendo la mejor.

—Mi madre ya les ha dicho que no se la piensa hacer —contesta.

Suelto un gemido.

—¡Wren! ¡No! No será verdad, ¿no?

—Bueno, no usó esas palabras. Pero sí que se excusó para ir a la trastienda y poder llamar a Cassidy «mosquita muerta» y «zorra traicionera» en privado. Luego, al salir, le preguntó a Ian si se estaba quedando calvo y empezó a mencionar todas las cosas que debería mirarse; lo que le obsesionó de forma evidente. Y luego les dijo que no tenía disponibilidad.

Me río con cierta amargura.

—No te creo. Savannah Meridian es una santa. —No le he oído decir ni un «Maldita sea» en toda mi vida.

—¡Exacto! Y esa es la razón por la que no va a cambiar de opinión —declara alegremente.

—Wren, hace casi un año que rompimos. ¿Cómo te sentirías si te dijera que no voy a volver a hablarle a Ellis?

Hace un puchero e inclina la cabeza a la vez que se atusa los rizos de color caramelo.

—Creo que la cosa cambia un poco si tenemos en cuenta que Ellis es tu hermano. —Se pone seria—. Y no me dejó después de más de cinco años sin apenas darme explicación alguna solo para empezar a salir con una de mis amigas justo después. Ni tampoco le propuso matrimonio a la supuesta amiga en menos de un año. —Aparta la vista y añade—: Tanto Ellis como yo somos culpables de que nuestro matrimonio fracasara.

Suelto un resoplido. Estoy tentada de decirle que, en ese caso, tanto Ellis como ella podrían tratar de repararlo, pero me contengo y vuelvo al tema de conversación que nos ocupa: el fracaso de mi vida amorosa.

—Y tú eres mi amiga más querida. —Hago una mueca—. La única, si lo pienso bien, lo que me acabaría convirtiendo en «la otra» en esa hipotética historia, así que creo que la analogía estaba condenada al fracaso desde el principio. —Cojo un envoltorio de helado que hay en el suelo y lo tiro en la papelera—. Estoy bien, Wren, de verdad. Lo último que quiero es que Sav y tú perdáis clientes por mi culpa, cuando yo estoy perfectamente. —Me aseguro de mirarla a los ojos antes de continuar—. Tú deberías saber mejor que nadie que toda historia tiene siempre dos versiones. Y este pueblo es demasiado pequeño para que todo el mundo dé la mía por buena…

Sobre todo porque Ian no se va a ir a ningún sitio. Su padre es el alcalde, por Dios.

Nos sentamos en nuestro banco preferido, en una punta del parque, el mismo en el que siempre quedábamos desde que Sam era un bebé. Yo solo tenía doce años cuando nació, pero a veces lo cuidaba para echarles una mano. Lo llevaba de paseo en su carrito el fin de semana, o después de clase, cuando a Wren le tocaba trabajar en Savvy's. Les cobraba cero dólares por hora, así que era la única niñera que Ellis y Wren se podían permitir en aquel entonces. Y, pese a que nos separaban cuatro años y a que estábamos en momentos vitales radicalmente distintos, nos hicimos las mejores amigas y construimos esa clase de amistad que ni siquiera un divorcio puede arruinar.

Además, entonces, todo el que tuvo la posibilidad de ayudarlos, lo hizo. Y así fue como aprendí que, si la unión hace la fuerza, el pueblo de Spunes siempre encontrará la forma de ir a una.

Nos quedamos un rato sentadas en un cómodo silencio, mientras observamos juntas las olas, en la distancia, y las gaviotas que graznan al surcar los aires. Me cojo el pelo con la mano y retuerzo los mechones para recogerlos en un moño. Me gusta que el sol me caliente la piel, aunque casi siento cómo me salen todavía más pecas. Unos mechones de pelo se me escapan de entre los dedos, y, antes de que pueda apartarlos, me azotan la cara. Cierro los ojos y suelto un murmullo de felicidad.

El inicio del verano en el noroeste del Pacífico es mi momento favorito del año, sobre todo aquí, en este viejo pueblo sobre los acantilados, donde el aire es fresco y salobre. La mayoría de los días, el sol acaba por disipar las nubes antes de que llegue la tarde, pero la brisa marina suele ser lo bastante fresca

como para que no terminemos muy pegajosos. Cuando abro los ojos, sigo con la mirada la valla de troncos gruesos que rodea el parque y continúa por los senderos que llegan hasta donde alcanza la vista, antes de curvarse y adentrarse en la arboleda de secuoyas que separa la calle Mayor de las casas de los acantilados.

Y me quedo mirando a Wren, incrédula, al darme cuenta de que me observa otra vez con cara de pena.

—¿Qué pasa? —le digo riéndome.

Ella estudia mi rostro.

—Es que no me parece justo —protesta.

«Ah». Así que seguimos ancladas en el tema de mi ex.

Suspiro con una sonrisa y alzo la barbilla.

—A mí me gusta pensar que sí lo es. De todos modos, estar con él fue conformarme —admito. Veo que esboza una sonrisa de orgullo por el rabillo del ojo—. Así que hacedle el maldito pastel, Wren. Si los Carver están implicados, os dará buena publicidad.

—Ya veremos —contesta obstinada—. De todos modos, como se acerca el festival, las ventas no nos preocupan mucho. —Me dedica una sonrisa tensa y echa un vistazo a su móvil—. Debo abrir la panadería. ¿Te vienes? Tengo un pedazo de pastel de coco y chocolate blanco preparado para ti.

—No puedo. Tengo que ir a la tienda de O'Doyle a por más pienso y luego a preparar la casa de los Andersen. Los inquilinos nuevos llegan hoy.

Wren pone los ojos en blanco.

—Que los Andersen contraten a una agencia inmobiliaria, como hacen los demás propietarios de alojamientos vacacionales.

—Solo pasan medio año fuera, y las agencias quieren contratos para un año entero —le explico—. Además, su casa solo está a un campo de fútbol de distancia de la mía.

Literalmente. Durante el verano de mis trece años medí el prado que separa nuestras casas y lo comprobé. Fue un año muy poco emocionante.

—Otra cosa que no me gusta —replica Wren a la vez que me señala con el dedo—. ¿Y si el tipo que ha alquilado la casa todo el verano es un bicho raro? En las afueras del pueblo estáis solo vosotros dos. Y ¿por qué la ha alquilado el verano entero? El festival no es hasta agosto. No tiene ningún sentido. Los turistas vienen en agosto.

En los condados vecinos hay otros pueblos que ofrecen atractivos turísticos válidos para varias estaciones del año. En la bahía de Yoos las playas son un poco más cálidas, y si te vas hacia el interior encuentras propiedades mucho más grandes y encantadoras, rodeadas de granjas de árboles de Navidad y viñedos. Y el pueblo de al lado, Gandon, es muchísimo más pintoresco y agradable para pasear.

Casi todo Spunes está construido sobre una cuesta muy empinada que solo se suaviza un poco al llegar a los acantilados que se erigen sobre el agua, lo que significa que hasta el paseo más relajado acaba siendo bastante parecido a hacer senderismo. El puerto principal es demasiado pequeño para los barcos pesqueros de gran escala, pero lo bastante grande para estar lleno de barcos pequeños. La celebración del Cuatro de Julio del condado vecino es demasiado grande como para competir con ella, y en el mes de junio todavía contamos con ese tiempo plomizo y nuboso tan típico de Oregón. Lo único que nos queda es agosto: un mes en el que este lugarcito construido sobre una base de fracasos se convierte, contra todo pronóstico, en el sitio más seco de la zona, y es cuando la mayoría de nuestros negocios sacan los beneficios que les mantienen todo el año.

—Como hemos discutido *ad nauseam,* amiga mía, no tengo ni la menor idea —le digo a Wren—. Pero a mí no me im-

porta limpiar la casa un par de veces al mes ni echarle un vistazo en verano mientras estoy de vacaciones. —Me levanto del banco y le doy un abrazo para acallar sus protestas—. Va, no llegues tarde.

—Sí, sí. Nos vemos mañana. —Se despide con un gesto de la mano.

Le lanzo un beso antes de irme en la dirección opuesta. Paso por delante de las tiendas que conozco como la palma de mi mano y saludo a las personas que me encuentro, a las que conozco todavía mejor. En la calle Mayor cuelga una pancarta que anuncia:

El festival de Spunes celebra su 150 aniversario

No hay superficie que no esté llena de panfletos y carteles con fotos de los pasados veranos: fotos del Mirador de los Fundadores lleno de canoas, del parque a rebosar de puestos y de visitantes apretujados. En la tienda de O'Doyle hay una pared entera dedicada a los laberintos que pequeños grupos de gente vienen a dibujar en la playa cada año. Con un rastrillo, trazan senderos sobre la arena de formas curvas e intrincadas en los que la gente da largos paseos meditativos. La mayoría de las fotos son del festival mismo, con las carreras de canoas, la feria, los concursos de cocina… Y cómo olvidar la parte de la pared dedicada a los ganadores de cada año, que veo nada más entrar. Son las fotos más grandes y están enmarcadas, así que es imposible no fijarse en ellas.

Al poner un saco de pienso sobre el mostrador, Ian y Cassidy me sonríen triunfalmente desde la foto de los campeones del año pasado. A su lado hay imágenes de dos años seguidos de él con mi hermano mediano, Silas, de cuando todavía eran inseparables. Luego hay un retrato con su padre, el alcal-

de, Ian Carver sénior, de seis años antes de aquello. Ian lleva ganando este festival desde los dieciocho años. Este año será su décima victoria consecutiva.

Me beso las puntas de los dedos y, como hago siempre, acaricio una foto de hace décadas de mi padre y de mi madre, del año que ganaron.

Después de meterme el cambio en el bolsillo y despedirme, dejo caer el saco de pienso en la camioneta y luego me dejo caer yo, dispuesta a volver a casa mientras mi mente da vueltas y vueltas, como desde hace meses.

Por mucho que en su momento me pillara desprevenida, no tengo celos de Cassidy por estar con Ian. Si lo quiere, es todo suyo. Mejor ella que yo.

Lo que sí que me crispa los nervios es que, a pesar de que sigo diciendo eso de «mejor ella que yo», también pienso que ella es mejor que yo. Es médica, de una familia de médicos y abogados y generaciones y generaciones de personas que o bien se van de Spunes para hacer todo tipo de cosas grandes e importantes o lo hacen para ir a recoger sus títulos y vuelven por obligación o por una especie de concesión. En plan: «Bueno, es que tenía que estar cerca de mi madre de todos modos, ¡y los colegios de *tal* y *cual* condado (siempre uno de los vecinos) son excelentes!». Como si le hicieran un favor a alguien por… quedarse.

No es el caso de mi familia. Y, sobre todo, no es el mío.

Así que, en realidad, no son Ian y Cassidy los que me molestan. Ya no siento esos celos que se te clavan en las entrañas. Lo que me pasa es que este pueblo es tan mío como de Ian. Me uní al comité que empezó a preparar el festival de este verano hace dos años. ¡Dos! Durante los años anteriores, he enviado artículos a los principales periódicos de la zona para dar a conocer los eventos. Me he dedicado a hacerle publicidad al

festival y he creado las redes sociales para dichos actos. He enseñado a otra gente a utilizar esas cuentas para sus negocios, gente que, por otra parte, era extraordinariamente reacia a recurrir a las nuevas tecnologías antes de que yo les echara una mano. He sido yo quien ha conseguido que se haya convertido en una atracción turística mucho más popular en la última década.

¡Maldita sea!, ¡si hasta les he dado puntos extra a mis estudiantes de primero antes de final de curso si se apuntaban como voluntarios! Aunque he apostado por su honor y les he dado los puntos por adelantado, así que a saber si alguno cumple o no con su palabra.

Creo que lo que me gustaría lograr es una pequeña victoria. Aunque no consiga ganarle a Ian, solo quiero que me tengan en cuenta. Quiero ser alguien que valga la pena considerar.

Además, creo que empiezo a hartarme de que la gente vaya con pies de plomo a mi alrededor. Ya me cansaba cuando estaba con Ian. Estaba harta de sentir que yo era la chica más afortunada del mundo y que todos lo sabían. Como si fuese maravilloso que el mismísimo Ian Carver se dignara a estar conmigo, la trágica y patética huerfanita del pueblo. La chica sencilla y del montón que tras madurar se convirtió en una mujer feliz y cómoda en su propia piel. Qué suerte la mía.

Francamente, me hace sentir como una pringada, y estoy hasta las narices. Hasta las narices de que me miren con pena, y eso si es que me miran. Quiero…, quiero saber qué se siente cuando se gana, y no creo que sea pedir demasiado.

Nunca he tenido grandes aspiraciones en esta vida. Sueños, sí, pero todos se han reducido a cosas muy sencillas. Por lo que a mí respecta, se han hecho realidad. Yo quiero ser feliz. Y, en el fondo, lo soy. Me gusta enseñar y trabajar con niños.